

cañones rayados de á 64 y 80 que causaban grandes estragos, sin que los buques franceses recibieran lesión alguna por estar fuera del alcance de la artillería mexicana que en parte fué desmontada; quedaron en ruina muchas casas por el bombardeo sufrido durante tres días. El único fortín que pudo resistir, fué el que llevaba el nombre del general Alvarez; allí permanecieron los defensores del puerto listos para oponerse al desembarco de los franceses, que se tenía por seguro; pero no se verificó, retirándose la escuadra el día 12 sin haber obtenido nada de lo que pedía. Primero quedaron inutilizados los montajes de las piezas del fortín Guerrero, y á poco pasó lo mismo á los de Iturbide, Galeana, Hidalgo y Morelos, flotando la bandera nacional únicamente en el fortín Alvarez. Fueron completamente inútiles los esfuerzos de la artillería mexicana, porque á la circunstancia de los malos montajes, se reunía la de no alcanzar sus tiros ni á la mitad de la distancia á que se hallaban los buques franceses. Una bomba rompió el asta-bandera del consulado español y entre las casas incendiadas se contó la de los súbditos españoles Navarrete y Compañía. El general D. Diego Alvarez, en uno de sus partes decía lo siguiente al general D. Juan Alvarez: "los fuegos enemigos acribillaron con sus proyectiles nuestro hermoso pabellón tricolor, dejándolo hecho trizas; pero se ha salvado ufano sobre el asta, ostentándose siempre con noble altivez."

Tehuacán fué ocupado á fines de Diciembre (1862) por el 95 de línea, y cerca de doscientos cazadores de Africa con cien auxiliares al mando de Triujeque, llevando seis piezas rayadas de á 8, seis carros grandes y doce chicos; cometieron allí desmanes de consideración, pues algunos soldados del 95 saquearon los establecimientos mercantiles de Esperón, Herrera, Benítez y el de Doña Josefa Espinosa; una avanzada francesa hizo lo mismo con la velería de Diego González; varias familias fueron maltratadas, y en todas las casas robados los cerdos y aves de corral que encontraban; tomaron la madera que había en la plaza pública y las casas de los suburbios fueron destrozadas y quemadas. Cuando se hizo una averiguación para saber quién había proporcionado recursos á los franceses, resultó que lo había hecho el súbdito español D. Agustín Allende, vendiéndoles mucha harina. Allí se unieron á los franceses algunos particulares y con ellos se fueron para Orizaba, entre otros los señores Lic. Loaiza y Arróniz.

El coronel Jolivet mandaba esa fuerza del 95; salió de Orizaba para unirse al general Douay, con orden de pasar por Tehuacán; fué atacado el 21 de Diciembre, por un grueso destacamento de guerrilleros y lanceros de la brigada de Zatecas, en la hacienda de Chapulco; al día siguiente la columna francesa tomó posesión de Tehuacán, que evacuó la fuerza mexicana después de cambiarse algunos tiros y á los dos días siguió para el Palmar. En ese mes, aun estaba en Veracruz el parque de artillería de sitio, por dificultades para transportarlo. Forey tomaba infinitas precauciones y no quería emprender la nueva campaña sin estar seguro del éxito; teniendo presente la dura lección que su compañero Laurencez recibió en Puebla, disponía marchas y contra-marchas, sin acabar de resolverse al avance definitivo, veíase con toda claridad que iba muy tardío el

asunto de la intervención, y parecía imposible que un ejército europeo que hasta entonces era considerado en primera línea, hubiera venido á detenerse ante fuerzas desnudas y desorganizadas.

En Puebla se estaba á la expectativa, el general Negrete volvió á tomar el mando de su brigada, reemplazándole en el puesto de cuartel maestro del ejército de Oriente el general González Mendoza. Al volver el Sr. Ignacio Mejía al puesto de segundo cabo de la comandancia, pasó el general O'Horán á mandar una brigada. Estos cambios no determinaban movimientos de importancia; se esperaba con entera confianza que se estrellarían los franceses contra las fortificaciones de Puebla ya formidables y cuando se decía que avanzaban, se notaba que no había grande alarma, sino serenidad y sangre fría. Se tenía la esperanza, si sucumbía Puebla, de que la capital de la República también se defendería, aunque había batallones de guardia nacional que no contaban más que con algunos fusiles, unas cuantas cornetas y tambores para tocar á las horas de ordenanza, poder exigir la contribución de exentos y cobrar algunos individuos fuertes sueldos. En número eran veinticinco los cuerpos de guardia nacional en el Distrito, infantería, caballería y artillería, además de las fuerzas de Tlanepantla, Zumpango, Otumba, Texcoco, Chalco, Tlálpam y Tacubaya. El gobernador del Distrito, Sr. M. Terreros, proporcionó al ejército más de mil reemplazos, cerca de doscientos mil peones para los trabajos de fortificar la ciudad y veintidós mil raciones para el ejército del Centro.

Hasta finalizar el año de 1862, la intervención había encontrado apenas eco en un grupo reducido de sus adictos mexicanos; en Tlacotalpan había sido recibida á cañonazos; en Córdoba había promovido sin éxito un pronunciamiento; había atacado la Isla del Carmen y hostilizado á Campeche; en Mazatlán había desartillado un buque mexicano y echádolo á pique, y en Acapulco era rechazada; estaba casi en la inacción sin poder avanzar y muy lejos del éxito esperado en las Tullerías y ofrecido por el partido mexicano intervencionista. En la mala situación en que se veía colocado el Sr. Almonte, quiso abandonar la empresa y retirarse á Europa; pero se lo impidió con sus consejos el Sr. Gutiérrez de Estrada según aparece en una correspondencia de éste, pues refiriéndose á los trabajos relativos á la Intervención, decía en carta que dirigió al Sr. Hidalgo: "Para la fiel apreciación de los hechos, se debe tener en cuenta mi fe tan viva como perseverante en el éxito feliz de nuestro patriótico intento, particularmente desde el día en que una nación pujante y noble hizo suya nuestra causa; fe que, más de una vez, hubo de alentar la de Vd., vacilante y sobresaltada, en medio de las vicisitudes inseparables de toda empresa de alguna trascendencia. Y eso que hice con Vd., recordará Vd., que lo hice igualmente respecto al general Almonte, que habiendo pensado en ciertos momentos críticos (á fines de 1862), abandonar la escena política y retirarse á Europa, fué yo el único, si no me engaño, que manifesté y con insistencia, una opinión absolutamente contraria."

El Sr. Gutiérrez de Estrada se extendió en consideraciones sobre el asunto,

mostrando la ardiente fe que sin cesar le había movido. Continuó así en su carta á D. José Hidalgo: "Verdad es que dice Vd. haber sido el primero en pronunciar el nombre del Archiduque Maximiliano en Biarritz, el mes de Septiembre del mismo año de 1861, mas, sin que yo presuma rebajar en lo más mínimo el mérito que en este caso le corresponde, permítaseme una sencilla observación, en cuanto al modo y las circunstancias del hecho invocado por Vd. La necesidad de la monarquía, y monarquía representada por la Casa de Austria, era ya cosa reconocida en México y en Europa, por cuantos entendían en este negocio y se interesaban en su buen éxito. Partiendo de este punto tan importante y esencial trató Vd. de buscar en el Almanaque de Gotha, el candidato deseado. Pero es el caso, que no acudió Vd. á otra dinastía sino á la de Hapsburgo que era precisamente la designada por mí y aceptada por estos gobiernos de muchos años atrás."

El Sr. Gutiérrez de Estrada, no consideraba que viniendo á México los monarquistas bajo el amparo de las bayonetas francesas, desde luego manifestaban su debilidad como partido. Desconoció que la oportunidad es el gran secreto de las revoluciones; los que ahora querían la monarquía eran los que nada habían hecho por ella en el tiempo en que estuvieron enseñoreados del poder, sin haber puesto en acción los elementos de que entonces podían disponer y esperaron para realizar semejante obra, estar expulsados de la República para entrar á ella con el pasaporte de una fuerza extranjera.

A la intervención se oponían también serias dificultades, suscitadas principalmente por los Estados-Unidos; entre otros casos se presentó el siguiente: los franceses residentes en Nueva Orleans, se habían quejado al gobierno imperial por medio del ministro de Francia, Mr. Mercier, de que se ejercía sobre sus personas toda clase de exacciones por orden ó con consentimiento del general Butler, y dicho ministro había presentado á Mr. Seward reclamaciones pidiendo la reparación de los pretendidos perjuicios; ya se creía que esto traería complicaciones de un carácter muy grave; habiendo dirigido una representación Mr. Thouvenel para que fuera puesto libre el súbdito Heidseick, y se le diera la indemnización correspondiente por los perjuicios sufridos.

Aun la revolución italiana, encaminada á la unificación de aquella Península, estaba ejerciendo influencia en México contra la Intervención; obstinábase Napoleón en prolongar indefinidamente la ocupación de Roma, y esto complicaba tanto á la Italia como á la Francia, que veía llegar los momentos decisivos y buscaba una solución que le permitiera retirar sus tropas sin menoscabo para concentrar los esfuerzos en el negocio de México. Los discursos pronunciados en el Senado español por los generales O'Donnell y Concha, sobre los asuntos mexicanos, manifestaron que el gobierno español también procuraba aprovechar la oportunidad que el general Prim le presentó para reconciliarse con México; pero había vacilaciones, pues la política de energía aconsejada por el general Concha, era la continuación del sistema de hostilidad seguido por España contra México, y la declaración de O'Donnell de que la expedición española no debía negociar ó discutir



*El General Francisco Paz*

Comandante en jefe de la artillería en el memorable sitio que sostuvo la ciudad de Puebla, de Marzo á Mayo de 1868.  
Apoyó constantemente el plan de defensa propuesto por el General Gonzalez Ortega.